

## ***La crisis de la heterosexualidad*** **Óscar Guasch<sup>1</sup>**

---

Hilario Topete Lara  
 Escuela Nacional de Antropología e Historia

En el siglo xx, sobre todo desde la segunda mitad, merced a la sexología (*¿sexualogía*, debería escribir?) y algunos otros ejercicios transdisciplinares, como el emprendido por Michel Foucault, se establecieron las bases para una reflexión alterna y profunda en torno de las prácticas sexuales; ante las aparentemente liberadoras y libertarias posibilidades de la sexología —y de su sucesora, la prédica del sexo más seguro—, un lastre se arrastraba aún: el trasfondo religioso, jurisprudencial, médico y psiquiátrico/psicoanalítico de la heterosexualidad. Algunos investigadores rompieron los límites, cimbraron conciencias... e inconciencias. Tal es el caso de Óscar Guasch, cuando nos coloca ante un hecho incontrovertible: miles de millones de personas son heterosexuales y, por ende, sujetos, en el sentido parsoniano del término, víctimas de una construcción sobre la cual escasa o nulamente reflexionamos, aun los investigadores sociales. En efecto, este autor coloca al lector ante una concepción de la heterosexualidad como un mito cuyas raíces más profundas las encuentra en la noción de pecado de la cultura judeo-cristiana, agregaría, que emana de cierta intencional interpretación del pasaje 19, 1-5 del Génesis bíblico, donde la violación de la norma de hospitalidad es transformada en el pecado de *sodomía*. En el origen, el pecado.

Guasch penetra en las entrañas de un mito eficiente, con un rostro de inocencia cuyo poder de seducción coloca un velo de opacidad encima de una historia de poder sobre los seres humanos, de control sobre el hacer sexual. Le bastan cinco capítulos equilibrados entre sí y un breve prefacio para desplegar un ensayo en torno de la distinción producida sobre los gustos sexuales en los últimos 150 años, cuando desde cuatro pilares —el adultismo, el sexismo, la misoginia y la homofobia— se construyó

---

<sup>1</sup>Óscar Guasch, *La crisis de la heterosexualidad*, Barcelona, Laertes, Colección Rey de Bastos, 2000, 151 pp.

la heterosexualidad. Sin embargo, a pesar de que tangencialmente toca la femenina, es la masculina la que ocupa la atención del geógrafo e historiador, de ahí el énfasis evidente —y declarado— en el temor que los varones tienen de amar a otros varones. En este propósito, la recurrencia constante a la homosexualidad (médica, psicoanalítica, psiquiátrica y sexológicamente hablando) y el movimiento gay (su expresión política), es obligada.

El oficio de historiador y antropólogo de Guasch se nos hace más evidente desde el segundo capítulo, al presentarnos, en sus diversas transformaciones, el concepto *sodomía*, con el que se englobó a las prácticas sexuales no ortodoxas, no reproductivas. Ágil y documentado, el autor nos lleva desde la Roma imperial hasta al siglo XIX, sumando en el momento preciso el dato y el juicio con que da cuenta del nuevo engendro que emerge de las entrañas del momento histórico y la circunstancia que le tocó vivir, sin perder ciertas invarianzas: la noción de sexualidad masculina asociada al poder, al control, al dominio (figura del guerrero, conquistador) y la condena contra los varones permisibles a su dominación (pecado de pasividad); la condena a las relaciones génito-anales; el coitocentrismo. La sodomía, ese pecado camaleónico, pronto aparece como delito; el sodomita es elevado a sujeto jurídico y se convierte en un ente tan peligroso como el pobre que empieza a hacinarse en los suburbios de las ciudades de la Edad Moderna —a la vez que se le identifica regularmente con éste—. Más tarde, la figura perturbadora será el libertino (un sujeto ambiguo, que busca permanentemente el placer y que puede ser más peligroso en tanto libre pensador). El advenimiento de la Ilustración y los derechos del hombre y del ciudadano, nos dice Guasch, salvó de la hoguera a los sodomitas. El discurso médico entró al relevo para fabricar la figura del perverso en el siglo XIX, la centuria de la heterosexualidad, cuando se definen sus rostros sexista, misógino y coitocéntrico.

El siglo decimonónico gestó locos, enfermos, desequilibrados y perversos. Los sodomitas y cualquier individuo que no realizara prácticas sexuales reproductivas era un ser patológico que había que curar. ¿Cómo no se ha de condenar al que no se reproduce en plena era industrial, que requiere ejércitos industriales de reserva? ¿Cómo justificar las diferencias y la represión, desde la medicina y la ciencia, si no es biologizando? Delincuentes, enfermos y perversos tomaron diversos caminos: unos a los tribunales, otros a la celda del psiquiatra. Las sexualidades no ortodoxas ni útiles al Estado ni a los grupos dominantes pasaron a ser sexualidades perversas y hereditarias. El mundo estaba inmerso en una

- dicotomía: patologías y normalidad. Lo normal es ser heterosexual; lo demás es punible o curable, o ambas cosas (la huella de Foucault se asoma en cada instante). Se trata de uniformizar para controlar. Y si los científicos disciplinares hiperespecializados y los transdisciplinares se creían a salvo, el autor les tiene una mala noticia: el siglo xx y el advenimiento de la sexología no erradicaron las implicaciones del mito de la heterosexualidad. Por el contrario, las disfrazaron.
- La vigésima centuria es el tiempo de la crisis de la heterosexualidad. La sexología, heredera de los discursos científicos y morales de vanguardia, científica y con rostro de libertaria, también cayó en la tentación de señalar lo correcto y lo incorrecto, de normar la sexualidad, de ponerle fronteras. La normalidad, ese prejuicio positivista y cientificista con que se tasaba a las prácticas heterosexuales, ya no consiste en reprimir o prohibir sino en proporcionar los preceptos para alcanzar el placer. La actividad sexual adquirió pautas y orden; se tornó recomendable siempre y cuando no se tratara de parafilias (se define y se condena, en cierta forma). Los tiempos del sida también habrían de colocar su granito de arena: la aparición del sexo más seguro, como la sexología, recuperó la noción de promiscuidad y la rechaza, la culpabiliza, la destierra y condena, en cierta forma, tanto al adulterio como a la hipersexualidad.
- Pero el contexto del mito de la heterosexualidad ha cambiado. Corre a contrapelo de sus características. El autor, merced a sus estudios doctorales de antropología, realiza una incursión en el concepto de cultura para focalizar luego en la única subcultura capaz de dar sentido a un grupo social cohesionado, identificado en torno de su hacer sexual: la gay, la única subcultura global (tan global como la cultura matriz en la que se inserta). Los homosexuales, en la postura radical adoptada en el ensayo, no aparecen como sujetos con cierta preferencia sexual o conducta sexual alternativa; prefiere no comprometer los términos (o los supone anacrónicos, insuficientes, erráticos). En cambio, en términos político-culturales reciben un juicio certero y digno de reflexión: lo que inició como un movimiento de resistencia (el gay es el producto rebelde de un otrora perverso, el homosexual), de lucha libertaria, bien pronto fue apropiado por el Estado, a quien le han entregado el poder de decidir sobre la regulación de afectos, las uniones, los desafectos y las separaciones entre homosexuales, para caer en el mismo precipicio y de la misma manera que los heterosexuales. Pero la crítica no se queda en la superficie sino que penetra a las prácticas homofóbicas que, aunque en sentidos diferentes, e incluso contrarios, existen entre los homosexuales en relación con las mujeres.

Este ensayo iconoclasta —¿qué ensayo no debería serlo?— trata a la homosexualidad como un epifenómeno cultural que refleja los mismos principios, vicios y ataduras de la cultura heterosexual que la engendra. Nada está a salvo, excepto aquello que la propia inercia social empieza a erradicar. En efecto, lo que le dio soporte a la heterosexualidad se desvanece lentamente: lo masculino está en proceso de redefinición, la soltería tiende a prolongarse, la reproducción asistida por tecnología está al alcance de la mano, el culto al cuerpo tiende a acentuarse, el intercambio de orgasmos libremente consentidos es más frecuente, el ocio (que, además se dedica al disfrute de su sexualidad) posibilitado por la elusión al compromiso matrimonial y la escasa inversión económica en la reproducción hacen que se disponga de tiempo y dinero para fiestas y superación. Todos ellos son elementos visibles sobre los que se monta la subcultura gay, y que devienen más ventajosos que los de la heterosexualidad (“ser gay no sólo es bueno, ser gay es mejor”) en un mundo globalizado que gesta la cultura madre.

“La heterosexualidad está en crisis”, nos repite el autor hasta el cansancio, como si la argumentación no fuera suficiente ni eficiente. Y en el último apartado, que le da sentido y nombre al título de la obra, Óscar Guasch, propone una serie de hipótesis en torno de la sexualidad, un producto enteramente cultural, en lo que pudiera parecer la recuperación de una deuda pendiente en el ensayo. En efecto, si bien el placer y los caracteres sexuales primarios y secundarios pertenecen al orden biológico, la sexualidad no. El deseo erótico, fundado en el placer, ni con mucho obedece a procesos lógicos; esto, dice Guasch, genera conflictos entre el individuo y el grupo, de ahí que se le someta a normas. Pero las mismas normas, al establecer lo que debe y lo que puede hacerse, se tornan conservadoras; la sexualidad, en este sentido, es conservadora, diversificada y heterogénea, pero conservadora.

“La heterosexualidad está en crisis”. Los saberes sexuales de una sociedad no son eternos. En una sociedad, la invariable existencia de saberes subalternos que interpelan a los hegemónicos (conservadores y legitimadores), le proporcionan cierto dinamismo, pero escasamente la derrumban. Por el contrario: son las crisis de las características del saber las que terminan por transformarlo. En el caso de la heterosexualidad existen evidencias del agotamiento de la efectividad del mito por la transformación del contexto mismo. Por ejemplo, las relaciones de pareja no persiguen como objetivo primordial la reproducción, ni la reproducción se realiza hoy exclusiva e inevitablemente mediante el coito; por ende, las relaciones socioafectivas tienden a ser menos coitocéntricas. De la misma forma

ocurre con el resto de las características, excepto la homofobia, el último bastión de la heterosexualidad, sostiene el ensayista.

“La heterosexualidad está en crisis” y, por ende, la identidad masculina. La idea tradicional del varón identificado con el héroe, el triunfador, el defensor del honor, dio paso, durante el romanticismo, al poeta, un hombre más sensible, feminizado en su momento. Pero el momento más crítico en materia de redefiniciones de la identidad masculina se presentó en el marco de la revolución sexual en la segunda mitad del siglo xx, en la cual se imbricaron tanto el movimiento feminista como el movimiento gay. Este último, ya lo dijimos, cuestionó seriamente el conjunto de las ventajas de la heterosexualidad en este mundo globalizado; el primero redujo los espacios de la hegemonía varonil —allí donde aún se conservó— al nicho del hogar. ¿Dónde están ahora los espacios del poder y para el poder que puede utilizar el varón, según se le educa aún hoy día, si se reducen irremediablemente? ¿Se trata, acaso, de seguir sometiendo, compitiendo, agrediendo, en un mundo en el cual la cooperación y la relativa igualdad son más requeridas y patentes? ¿Se trata de seguir bloqueando la afectividad masculina e impedirle, en aras de la heterosexualidad y particularmente la homofobia, el aprendizaje del amor a sí mismo tan indispensable para poder amar a las mujeres, a los niños, a los amigos, a los demás seres humanos? Guasch propone, con su ensayo, presentar una reflexión para

*superar la homofobia y difundir el homoerotismo como instrumento de redefinición social de la identidad masculina [toda vez que] en el futuro [...] las relaciones impersonales ya no se basarán en el dominio, ni en la sumisión, ni en la opresión, sino en la seducción entre humanos que sientan interés por conocerse entre sí [Guasch, 2000:137].*

Al final, el lector habrá descubierto que Guasch nos propone en su ensayo una utopía: el amor sin géneros, el homoerotismo.

Podemos o no estar de acuerdo con la propuesta, podemos incluso encontrar algunos excesos: “la sexología también es coitocéntrica” [*ibid.*:82]; “La sexología habla de hipersexualidad como sinónimo de promiscuidad y la condena” [*ibid.*:86]; podemos encontrar algunas inconsistencias, como pasar por alto que la globalización afecta de manera diferencial a pueblos y culturas débilmente articuladas con la aldea y la economía mundiales. Podemos. Empero, la lógica argumentativa y el respaldo de casi dos centenares de obras y poco más de centenar y medio de autores, hacen de este ejercicio libertario y humanista una lectura obli-



gada para sexólogos, historiadores y antropólogos... al menos. Y bien valdría la pena una lectura por quienes defienden a capa y espada su heterosexualidad.